

Los alumnos pagan una cuota mensual de 5 euros, que incluye agua, gastos de monitora (María José), gastos de festivales y algunos regalos que los niños reciben de vez en cuando. Desde 2011 no hay subvenciones oficiales. En este sentido, Juanfran lamenta el escaso apoyo oficial que tienen. Tan sólo una ayuda anual de la Diputación Provincial. Eso sí, el Ayuntamiento cede gratuitamente el sótano para sede y ensayos.

Los monitores enseñan a los chiquillos y también a adultos. “Hay mujeres con más de sesenta años que quieren aprender a bailar”. Por norma, la primera pieza que aprende un novato es la Jota de La Solana. “Es la más larga y una de las más difíciles, pero tenemos esa costumbre” –reconoce Juanfran-. De hecho, la jota que da nombre a nuestro pueblo tiene 5 piezas distintas y con estribillos diferentes. Los chavales empiezan aprendiendo el paseillo, el estribillo y la primera pieza. Luego los cruces y el fuera. En cualquier caso, la enseñanza depende de las necesidades del momento “o de las prisas que tengamos”. En el repertorio, además de la Jota de La Solana, están las jotas del Golpe Atrás, de la Romería y de la Rosa del Azafrán, además de las Seguidillas. Por cierto, la seguidilla manchega fue declarada bien de interés cultural en 2014. Los mayores también bailan las célebres Torrás del Golpe Atrás o el Fandango.

## Ir “a la jota”, algo extraño

Mientras hablamos, llegan por allí Natalia Naranjo y María Jesús Díaz-Cano. Tienen 15 y 13 años y se hicieron amigas en el grupo. “Lo más complicado es el compás con la música” –nos dicen-. Son las únicas de su edad que resisten. “Las demás se han ido cansando”. En el Instituto todavía se ve extraño “ir a la jota”. Aún existe esa creencia de que bailar folklore es algo anticuado, cosa de viejos. Natalia y María Jesús tienen que explicar a menudo que no es así. Si hay escuelas de sevillanas, que de manchego no tienen nada, por qué no puede haber una escuela de bailes autóctonos.

Ellas son chicas, que aún tiene encaje en la complicada mente del adolescente. Pero un chico en “la jota” es como practicar el más difícil todavía. En la escuela de folklore, 8 de cada 10 son chicas. Una proporción que no ha sido, ni es, ajena al grupo de adultos, aunque ahora pue-

den juntar 5 o 6 parejas mixtas sobre un total de 7 en cada actuación. Sin embargo, no es una rareza. “En ningún sitio de por aquí sobran hombres”. Nada que ver con otras partes de España, donde bailar la jota es algo más natural entre la opinión pública “en el norte y en Castilla y León no tienen ese problema; incluso hay grupos sólo de hombres”.

Es crucial tener parejas mixtas si uno quiere tener futuro y, sobre todo, si quiere actuar fuera. Este año tienen citas en Miguelterra, Argamasilla, Puertollano o Moral de Calatrava. Incluso les ha salido una actuación en Cáceres, aunque probablemente no irán. En La Solana tienen una actividad creciente. El festival de la feria, el de la Virgen, el de Navidad, o los mayos son fechas fijas en el calendario. La escuela viaja entera allá donde van. Pequeños y mayores se montan en el autobús, y a bailar. Los padres, piezas básicas en este puzzle, acompañan como una gran familia.

No es fácil mantener a la gente a partir de cierta edad. Hay puntos críticos en el camino como la adolescencia, el matrimonio, los hijos o el trabajo. Son obstáculos que algunos superan, pero gran parte no. Y hay casos de gente que regresa después de un paréntesis por alguna de estas razones.

## Evolucionar con el pasado

Juanfran lleva en las venas “la jota”. Está enamorado de nuestro folklore y lleva 22 años trabajando y disfrutando con él. Jamás ha cobrado un duro. Aunque admite que a veces se desanima, no quiere que este tren se vuelva a perder. Tiene dos objetivos. Uno, incluir el baile folklórico en la Escuela de Música y Danza. Hay método y maestros dispuestos a ejercer. Si hay danza clásica reglada, o danza española, ¿dónde está el problema para adecuar la enseñanza del folklore más nuestro en la escuela municipal?

El otro objetivo es evolucionar buceando en el pasado. Una paradoja perfectamente natural cuando hablamos de baile tradicional. “Intentamos meter instrumentos de siempre, como el caldero”. Así se divertían antaño, bailando al calor de una lumbre. Juanfran bucea por Internet en busca de “novedades”. Lleva un año escudriñando por la Red. Al caldero, que cualquier puede tocar, pero pocos saben tocarlo bien, se



▲ Juanfran enseña a tocar las castañuelas.

podría unir la cuchara, o la sartén, o el dedal... “antiguamente se tocaba con todos los utensilios de una cocina”. Lograr rescatar esos instrumentos requerirá tiempo y dedicación, amén de paciencia para hacer comprender que no se trata de antiguallas con un sesgo friki. Ni mucho menos.

## Savia nueva, la clave del futuro

El futuro de la Escuela de Folklore de La Solana no lo conoce nadie. Ya ha cumplido diez años de vida estable, sin interrupciones, lo que ayuda a pensar en una consolidación. La estructura parece sólida y gente como Juanfran, María José o Toñi tienen todavía suficientemente fresca la sangre como para pensar en una continuidad. Pero hace falta savia nueva de forma constante. Quienes prueban “la jota” suelen encontrar un inesperado elixir. Si enteráramos ciertos prejuicios, todo sería más fácil. A menudo admiramos cómo cuidan lo suyo por ahí fuera, mientras renegamos de hacer lo mismo con lo más nuestro. Y pocas cosas tienen más sabor manchego, y solanero, que los bailes folklóricos de la Agrupación “Rosa del Azafrán”, reconocida con el título “Galán”, que otorga es revista, en el año 1994.

Ya lo dijo Pedro Echevarría Bravo en su Cancionero Musical Manchego, publicado en 1951: “*los cantos folklóricos que canta el pueblo se pueden comparar con las bellotas de roble que cayeron el pasado otoño. El árbol será viejo y hundirá sus raíces en el suelo, pero las bellotas aseguran la continuidad del cultivo*”.\*